

Volumen XXII

Julio 1.º de 1927

Número 216

# REVISTA

del

# COLEGIO MAYOR

de

## Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección  
de la Consiliatura



*Nova et vetera*

BOGOTÁ

IMP. DE «LA LUZ» — CARRERA 7.ª, NÚM. 590

MCMXXVII

## CONTENIDO

<i>Enigmas de la prehistoria.....</i>	GERARDO ARRUBIA
<i>Nota bibliográfica «Joyería»...</i>	JUAN LOZANO Y LOZANO
<i>Un capítulo de una obra.....</i>	ARMANDO ROMERO L.
<i>Reflexiones sobre la novela.....</i>	ANTONIO V. ARENAS
<i>Un concepto sobre la filosofía integral.....</i>	ENRIQUE A. BECERRA
<i>Las tres cosas del tío Pedro.....</i>	MARIANO TIRADO
<i>Filosofía de los pueblos orientales .....</i>	FRANCISCO M. RENJIFO
<i>Antonio Nobre.....</i>	ALVARO DE LAS CASAS

# REVISTA

del

## Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, julio 1.º de 1927

### Enigmas de la prehistoria

(CONFERENCIA DICTADA EN EL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, POR EL PROFESOR DE HISTORIA PATRIA, EN LA NOCHE DEL 4 DE JUNIO)

Iniciadas de modo magistral por el ilustre rector de este venerable y glorioso Instituto, Monseñor Carrasquilla, las conferencias mensuales que los profesores de él deben dictar ante el claustro pleno, ha correspondido el turno esta noche a quien tiene como alta e inmerecida honra regentar la cátedra de historia de Colombia.

Queremos, pues, contando de antemano con vuestra benevolencia, tocar algunos temas de la prehistoria americana, ciencia que, apoyada principalmente en la etnografía y la arqueología, permite reconstruir la vida de los pueblos desaparecidos y descorrer el velo misterioso en que los envuelve la oscura sombra de los siglos.

La primera cuestión que se nos presenta, es la del origen del primitivo hombre americano; pero ella está resuelta de manera incontrovertible con el principio de la unidad de la especie humana, consignado en la sagrada Biblia y aceptado por los más eminentes naturalistas. En cuanto a la procedencia étnica, hasta ahora no se ofrece

sino una solución rigurosamente científica: la raza americana se deriva de la mongólica; así lo han afirmado, entre otras altas autoridades Humboldt y Quatrefages, y el segundo Congreso Científico Panamericano, reunido en Washington en 1915, aceptó tal conclusión.

Tropezamos con el primer enigma, al tratar de inquirir cuál fuera el puente de comunicación que buscaron los primeros emigrantes para llegar a América. Probablemente vinieron por tierra, porque las navegaciones de altura no eran practicables en aquellos tiempos remotísimos.

Una hipótesis es la de que la Atlántida de Platón fue el puente escogido. La grande isla que el filósofo griego, en su célebre diálogo de *Timeo* y *Crisias*, coloca más allá de las columnas de Hércules (estrecho de Gibraltar) y que un espantoso cataclismo sumergió entre las aguas embravecidas del mar, ha pasado de la leyenda a la realidad científica. Las recientes investigaciones hechas por el eminente geólogo francés Termier sobre fragmentos de rocas arrancados del fondo del océano al norte de las islas Azores; y los estudios, también de ayer, del gran naturalista de la misma nacionalidad Germain, acerca de la fauna y de la flora de las islas Azores, Madera, Canarias y las del Cabo Verde, permiten concluir que la Atlántida de Platón sí existió (1).

Pero una segunda teoría que indica que la comunicación se hizo por el estrecho de Behring, es la más probable y generalmente aceptada; a ella le han dado mayor fuerza los trabajos del Profesor Ales Hrdlicka, Conservador del departamento de Antropología del Museo Nacional de Washington, quien ha comprobado el paso del hombre, en el tenebroso pasado de las edades prehistóricas,

(1) Abbé Th Moreaux—*L'Atlantide a-t-elle existé?*—1924.

cas, por las regiones siberianas hacia el norte de América y su dispersión en el nuevo continente (1).

Por lo que respecta a fijar cronológicamente la antigüedad del hombre en América, es una cuestión que sólo ofrece incógnitas. De los últimos descubrimientos paleontológicos se deduce que la especie humana coexistió en la América del Sur, con el megaterio y con otros animales de la época cuaternaria. Pero con decir que el hombre americano es cuaternario, no se ha resuelto el problema cronológico, pues los geólogos no pueden señalar con fechas la duración de cada período de la tierra.

Vamos ahora a detenernos en otra cuestión de las más inquietantes de la prehistoria americana, que es la de saber si los aborígenes del nuevo mundo conocieron o no la escritura, en cualquiera de sus formas. Es principio aceptado que para fijar la expresión de su pensamiento el hombre primitivo se sirvió de dos procedimientos, que pueden aplicarse aisladamente o unidos: el *ideografismo* o sea la pintura de las ideas, y el *fonetismo* o sea la representación de los sonidos. El primer ensayo de fonetismo, dice el célebre orientalista Maspero, se hizo en el antiguo Egipto por medio del jeroglífico, en el cual se utilizaron las imágenes (2).

Hasta hace poco tiempo era doctrina general entre los arqueólogos europeos, que las diversas civilizaciones precolombianas no estamparon en sus *petroglifos* (piedras con grabados o pinturas) ninguna clase de escritura. Un eminente profesor alemán afirma que tales monumentos no son sino una muestra de la ingenuidad pueril de los indios y que por lo tanto no tienen valor alguno cultural (3).

En estas materias de la prehistoria las conclusiones absolutas son, de ordinario, aventuradas y en muchos

(1) *Genesis of the American Indian*—1917.

(2) *Historia antigua de los pueblos de Oriente*—1913.

(3) Koch Grünberg—*Sudamerikanische Felszeichnungen*—1910.



casos imposibles. Así, investigaciones posteriores hechas por dos altas autoridades en la ciencia, Boturini y Rosny—éste último ha sido llamado el Champollion americano—han venido a echar por tierra las viejas teorías. Es ya cierto que el primitivo hombre americano, que es un emigrado del antiguo continente, trajo al nuevo los procedimientos gráficos para transmitir su pensamiento, y que los petroglifos, esparcidos acá y allá en toda la vasta extensión del mundo de Colón, no son muestras de puerilidad o de impotencia.

En la América del Norte, en California y a lo largo del curso del Mississipi, aparecen piedras esculpidas o dibujadas por los aborígenes, las cuales ostentan signos y figuras extraños. Han sido considerados estos trabajos como la primer fase evolutiva en que la inteligencia humana expresa de un modo permanente, visible y directo las ideas que el lenguaje indica transitoriamente. La poderosa civilización de los Mayas, diseminada en gran parte del territorio mexicano, especialmente en Yucatán, y que se extendió a la América Central en Honduras y Guatemala, poseía un sistema de escritura jeroglífica. Las principales inscripciones que han servido para traducir los signos mayas son las halladas en los monumentos de Palenque (México) y Copán y Quiriguá (Honduras). Y se han descubierto verdaderos códigos, algunos de los cuales se conservan en bibliotecas europeas; los caracteres de ellos, estudiados por Rosny, son semifonéticos y semifigurativos, es decir, que la escritura maya principió por ser puramente ideográfica para pasar luégo al fonetismo.

En la América del Sur, los naturales del Perú tuvieron los *quipus* que eran hilos de lana teñidos de diversos colores y los cuales expresaban, según su combinación, ideas diferentes. Por ejemplo, el oro se representaba con

el color amarillo y la plata con el blanco, y por medio de nudos hechos en los hilos amarillos y blancos se exponía la situación monetaria del tesoro de los Incas. Los *quipus* servían también para contar las armas—lanzas, dardos, flechas, etc.—designándose cada objeto por una anudación diferente (1).

Acerca de los petroglifos del Brasil, se han empeñado ardientes discusiones, pues mientras el profesor Alfredo de Carvalho les niega todo valor cultural, otros arqueólogos y etnólogos de nota, como el doctor Ezequiel Cândido de Souza Brito, rebaten con serios argumentos aquella tesis (2). Dice el ilustre profesor últimamente citado, que entre las inscripciones lapidarias brasileñas las más notables y curiosas son las del Amazonas, anteriores a la era histórica; en lengua tupi se llaman *itacoatiaras*, vocablo que significa piedras pintadas. Esas piedras exhiben arabescos, emblemas de guerra, cabezas humanas con diademas, figuras de animales como el cocodrilo, etc., y pueden considerarse como muestras de escritura ideográfica.

Llegando ya al territorio patrio, por todas partes se encuentran en él piedras nativas cubiertas de figuras, trazadas por los aborígenes en épocas más o menos remotas. La gran mayoría de los petroglifos ostentan grabados a cincel, y las pictografías hechas con tintas indelebles solamente se hallan, con alguna excepción—según conceptúa el reputado etnógrafo doctor Miguel Triana en su libro *La Civilización Chibcha* publicado en 1922—en la altiplanicie del ramal oriental de los Andes que habitaron los Chibchas. Opinión ésta que concuerda con la muy auto-

(1) El arqueólogo peruano Francisco A. Loaiza hizo en 1923 un interesante y erudito trabajo sobre los *quipus*, y entre otras conclusiones establece que ese sistema es originario de la China y trasplantado a América por sucesivas invasiones asiáticas.

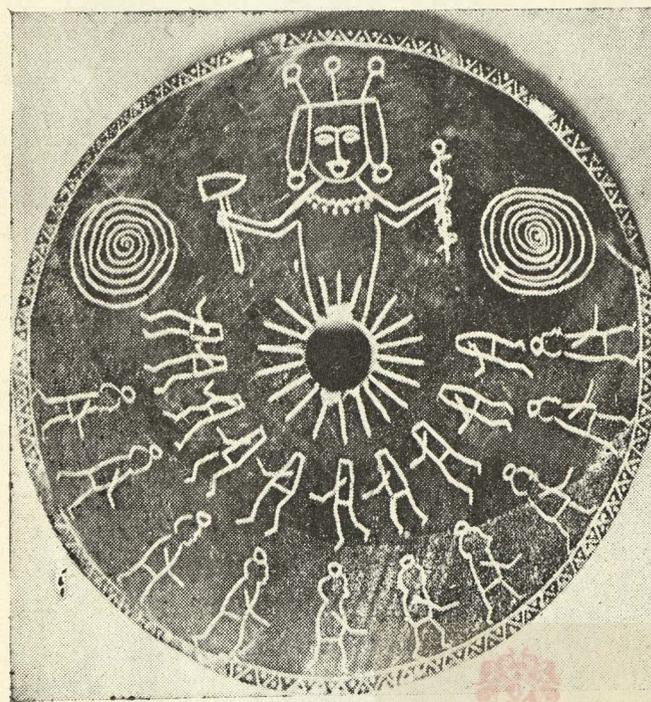
(2) *Antropología y etnología de las razas americanas*. Estudio presentado en el año de 1911 al IV° Congreso Científico Pan-Americano.

rizada que don Carlos Cuervo Márquez emite en la erudita monografía *Orígenes etnográficos de Colombia* (1917).

Son célebres entre las piedras grabadas, las de la Sierra Nevada de Santa Marta, copiadas por Isaacs el inmortal autor de *María*; allí se ven cuadrúpedos fantásticos, figuras humanas monstruosas, soles radiados, arabescos, etc. Las de Chinauta y Anacutá en jurisdicción de la población cundinamarquesa de Fusagasugá, estudiadas por el artista Lázaro María Girón, donde aparecen varios y caprichosos signos y figuras, como series de puntos y de rombos, cuadros, rectángulos, espirales, formas humanas y de animales, entre éstos la rana. Y es digno de especial mención un petroglifo de la región del Orinoco, en la línea fronteriza colombo-venezolana: en un promontorio de basalto inaccesible que se levanta sobre los raudales de Maipures, se ve tallado en la roca un cocodrilo de doscientos metros de longitud como «en plática misteriosa con unos símbolos humanos». Sobre las piedras pintadas de los Chibchas, el mismo doctor Triana editó en 1924 un precioso album, fruto de largos años de pacientes investigaciones, y del cual posee un ejemplar el Museo Nacional por generosa donación del autor.

La generalidad de nuestros cronistas e historiadores han venido afirmando que los petroglifos de Colombia nada dicen, nada significan. Refiriéndose a los Chibchas, don Juan de Castellanos—príncipe de la crónica en el Nuevo Reino de Granada—se expresa así: «carecen de letras y caracteres antiguos, según las hieroglíficas figuras que solían tener otras naciones». Rodríguez Fresle dice en su *Carnero* que los naturales del Nuevo Reino «no tenían letras ni caracteres con que poderse entender». Y el sesudo historiador don Vicente Restrepo, en el libro *Los Chibchas antes de la conquista española—1895*, hablando de los signos grabados o pintados en las piedras por los indios, exclama: «mudos esos signos en razón misma de su

El disco prehistórico hallado en Pacho (Cundinamarca)



ANVERSO

origen, condenados por la mano inconsciente que los trazó a un silencio eterno, jamás podrá la vara mágica de la ciencia hacerlos hablar».

No podemos aceptar como dogmas esas afirmaciones, por respetables que sean las autoridades que las hacen. Una cosa es que aún no se haya logrado hallar la clave que reconstruya el pensamiento generador de los signos, y otra declarar que jamás la ciencia podrá arrancar de esos petroglifos el secreto que guardan. Pensamos con Triana que las dificultades materiales que vencieron los aborígenes para ejecutar tales trabajos, algunos hechos en rocas inaccesibles; la tarda y complicada labor que implican; la habilidad técnica de sus autores para seguir cierto plan, estilo y uniformidad en las figuras, y varias otras circunstancias, «persuaden que las inscripciones tienen alguna aplicación simbólica».

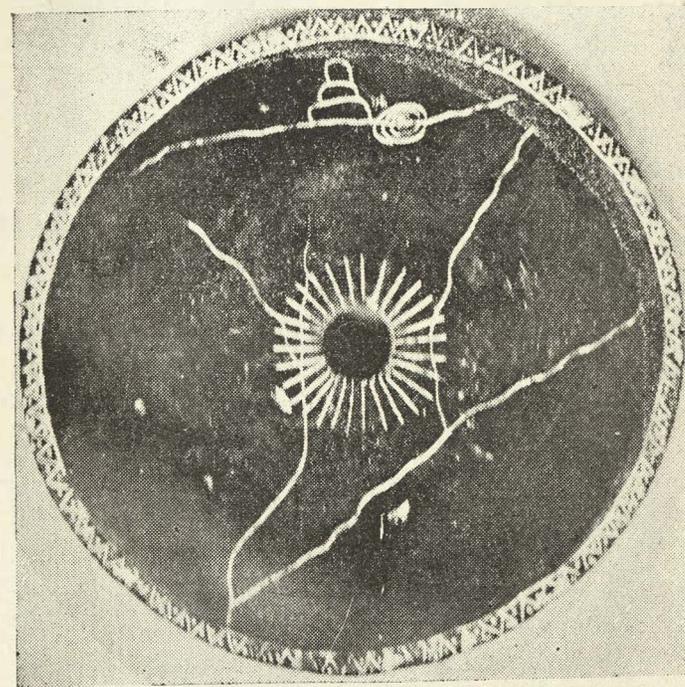
El autor que acabamos de citar, con paciencia benedictina y siguiendo hasta donde es posible la investigación científica, ha penetrado en la selva oscura para descifrar los misterios que encierra. Analizando las pictografías de los Chibchas—en las cuales se encuentran dibujos y decorados en forma de grecas y cenefas, figuras humanas y de animales (ranas, culebras, monos) la imagen del sol, signos geométricos, etc.—cree descubrir en ellas la base de «una escritura ideológica por medio de símbolos»; pero advierte con honrada franqueza que aún no ha hallado la solución del problema.

Son muy interesantes, entre otras, las deducciones que saca estudiando el petroglifo de Gámeza, en territorio de Boyacá, al cual ya el doctor Manuel Ancizar, en la conocida *Peregrinación de Alpha*, había asignado, por los signos que ostenta, el papel simbólico de conmemorar el desagüe de los lagos de Tundama por la brecha del río Chicamocha. Para Triana, la piedra de Gámeza perpetúa la

amistad comercial entre dos naciones limítrofes: «al norte, los peregrinantes de la llanura oriental que en secular éxodo invadieron el macizo cordillerano al contorno del nevado de Güicán; al sur, los Chibchas que ocupaban las fértiles y hermosas planicies de Boyacá». Y apoya su dicho en que el célebre petroglifo ofrece figuras grabadas y pintadas al mismo tiempo; con la rana, por ejemplo, que es característica de los Chibchas, alterna la figura desconocida de una especie de leoncillo rampantecoronado con cuatro púas, todo lo cual revela como una transacción de mitos entre la nación invasora y la invadida.

Por una feliz oportunidad podemos aportar al trascendental debate un nuevo testimonio, mudo pero elocuente, que si dice mucho de las facultades imaginativas y artísticas de nuestros aborígenes, revela también que ellos alcanzaron en sus inscripciones simbólicas al ideografismo, o sea a la pintura de las ideas. Se trata de una pieza prehistórica perteneciente a nuestro estimado amigo y discípulo el doctor Alfonso del Corral, médico distinguido, domiciliado en la población de Pacho (Cundinamarca) y quien con atención inteligente sigue esta clase de investigaciones; a su gentileza debemos la fiel reproducción fotográfica del precioso objeto e interesantes datos acerca de él. Es un disco de piedra *lidiana*, sílice negra, que tiene estas medidas: circunferencia, 28 centímetros; diámetro, 9; espesor,  $\frac{1}{2}$ , y pesa 185 gramos. Fue recientemente hallada en una cueva del alto cerro del *Santuario*, en jurisdicción de Pacho.

Examinemos con atención el disco, cuyo centro muestra un agujero circular y en torno de éste un sol radiado. En el anverso, domina una misteriosa figura, acaso la de una divinidad femenil, que con la mano derecha empuña una especie de caduceo y con la izquierda una hacha o martillo; el tocado de la figura semeja al de los antiguos



REVERSO DEL DISCO

egipcios, y la serpiente enrollada en la vara sugiere la idea de una representación de Bachué, la Eva de los Chibchas, la cual, según el mito, fue convertida en culebra para volver a la laguna de Iguaque de donde había salido; dos pequeñas espirales aparecen a ambos lados de la supuesta divinidad. En la parte inferior, diez figuras humanas desfilan llevando en la cabeza como una carga y regresan luego en una línea superior, pero todas decapitadas. Hé aquí toda una leyenda claramente expresada: el sacrificio de los conductores de un misterioso tesoro con el fin de que el secreto del lugar en donde se guardó no fuera jamás revelado.

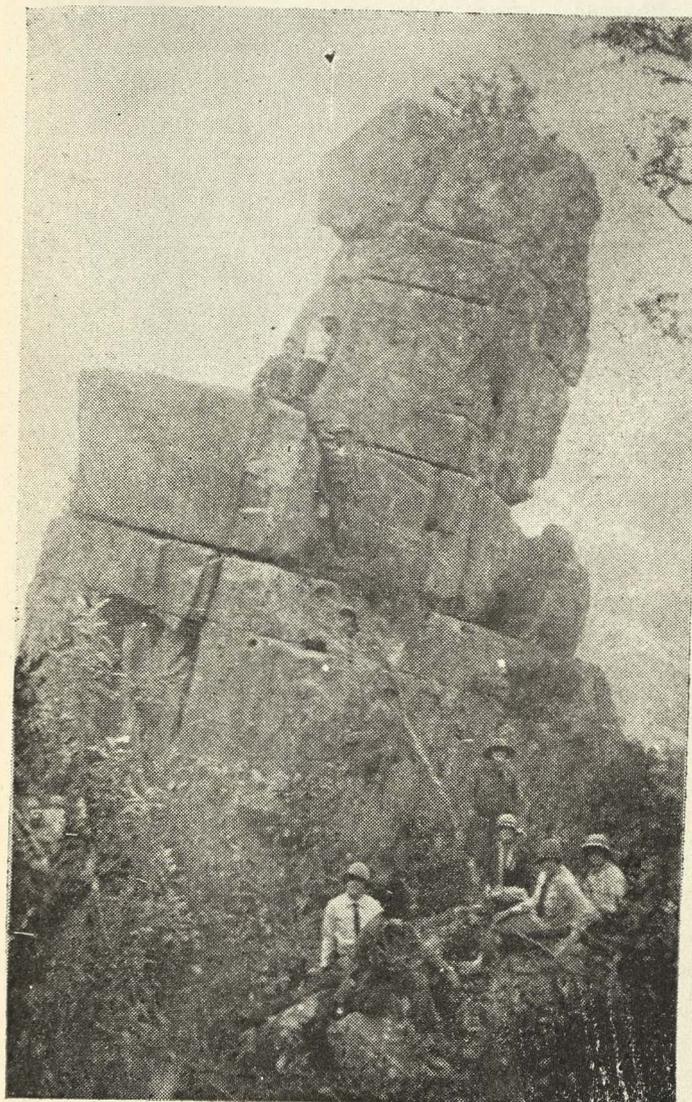
Y viene naturalmente a la memoria aquella tradición consignada por Rodríguez Fresle en su amena crónica. Dice que cuando el cacique de Guatavita supo que los conquistadores españoles habían «sacado el santuario grande del cacique de Bogotá, llamó a su contador, que era el cacique de Pauso, y dióle cien indios cargados de oro con orden que los llevasen a las últimas cordilleras de los Chíos que dan vista a los Llanos y que entre aquellos peñascos y montañas lo escondiesen, y que hecho esto se viniese con toda la gente al cerro de la Guadua y que no pasase de allí hasta que él le diese orden. El contador Pauso partió luego con toda esta gente y oro a la vuelta de la última cordillera, que desde el pueblo de Guatavita, de donde salió, a ella hay tres días de camino. Escondió él su oro donde no lo sé. Volvióse con toda la gente al cerro de la Guadua guardando el orden de su señor a donde halló al tesorero Sueva, cacique del Zaque, con quinientos indios armados, el cual pasó a cuchillo a todos los que habían llevado el oro a esconder y al contador Pauso con ellos....» Hasta aquí el cronista.

El reverso del disco tiene también un alto interés, pues aparece allí un verdadero plano topográfico admirablemente trazado. En la parte superior se distingue, sin lu-

gar a duda, la llamada vulgarmente *torre de los indios*, situada al nordeste de la población de Pacho, a unos doce kilómetros, sobre un contrafuerte de la cordillera que separa la hoya del Rionegro de la altiplanicie y cuya altura es de cerca de tres mil metros sobre el nivel del mar; una línea horizontal, que secciona el disco, representa la cordillera, y al lado derecho de la torre se ve una pequeña espiral. La torre no es obra de los indios como en un tiempo se afirmó: es una aglomeración natural de tres grandes cantos rodados, en forma de columna de unos veinte metros de altura, producida por desprendimientos de la cordillera; el frente occidental del monumento se prolonga hacia abajo en línea recta hacia un abismo de unos doscientos metros de profundidad, el cual termina en un valle pequeño y plano. Las tradiciones populares dicen que ese valle servía a los aborígenes como adoratorio en el culto del sol.

En el centro del disco vuelve a repetirse el mismo sol radiado en torno al agujero, y cerca de aquél se encuentran tres líneas, una horizontal y dos oblicuas, dirigidas de derecha a izquierda. La línea horizontal—según los datos que nos dio el doctor del Corral, conocedor de la región—representa el río *Ferretia*; la línea oblicua derecha, el curso de la quebrada de *La Coca*; y la oblicua izquierda, la quebrada llamada de *El Bosque*.

Este plano, hecho con tal precisión y con un cabal conocimiento del arte topográfico, es una nueva prueba de los adelantos que alcanzaron nuestros aborígenes; pero, principalmente, lleva a la fantasía a soñar en un nuevo Dorado tan seductor y engañoso como el que persiguieron con afán los conquistadores españoles. ¿Qué quiere revelar el plano? ¿Indica la espiral puesta a un lado de la «torre de los indios» el sitio en que se depositaron los tesoros a que se refiere la descripción gráfica del anverso del disco? La tradición de Rodríguez Fresle, que atrás



TORRE LLAMADA «DE LOS INDIOS» EN LA REGIÓN  
DE PACHO

copiamos, no concuerda en modo alguno con la región del plano. Podría pensarse que en la comarca de Pacho se repitió, más o menos, lo que el cacique de Guatavita hizo en sus dominios para ocultar sus tesoros? Nada puede fundarse sobre un laberinto de misterios.

La autenticidad del disco nos parece incuestionable. Gracias a la amabilidad de su afortunado poseedor, los señores Cuervo Márquez y Triana pudieron examinar, y nosotros con ellos, la pieza original en la Dirección del Museo Nacional, y aquellas dos autoridades en las ciencias prehistóricas no solamente la declararon auténtica sino que la reputan como uno de los objetos más interesantes de la época prehispánica encontrados hasta ahora en el país. Considerándolo ahora por su factura, salta a la vista la habilidad del artista aborigen, que empleando seguramente instrumento metálico, grabó con nitidez sobre la dura superficie de la piedra figuras expresivas y admirablemente estilizadas.

No es posible, sin embargo, poder precisar la raza o pueblo a que perteneció el artífice del disco, porque precisamente la región donde fue hallado marca, por decirlo así, un lindero entre el país de los Chibchas y el que ocuparon los Colimas; éstos procedían de aquella familia caribe, valiente, aguerrida y andariega; aquéllos, desprendidos de la rama andina, formaron la nación mejor organizada y más industriosa de las que existieron en el territorio colombiano antes de la Conquista. En aquella comarca se compenetraron dos razas, y el influjo de la una sobre la otra tuvo que reflejarse en las costumbres, en las artes, en las industrias y en los mitos.

Sea de todo ello lo que fuere, ahí tenéis en el misterioso disco de Pacho un mensaje que nos envían los siglos muertos. Sigamos interrogando a la muda esfinge hasta arrancarle el secreto que guarda.